

indicada habitación, se sentó á una mesilla, y se puso á confeccionar un documento que empezaba así: «¡Viva el Rey! Nos, Ernesto, por la gracia de Dios rey del Reino Unido de Gran Bretaña y de Irlanda, Defensor de la Fé...»

Mientras se ocupaba en ello, su señor acababa de vestirse á toda prisa. Terminaba ya, cuando, llamaron á la puerta por tercera vez.

—¿Quién va?—gritó enojado.

—¡En nombre de la Reina!—respondieron.

Y antes que Ernesto pudiese hacer un movimiento ó hablar, abrióse la puerta, y el duque de Wellington, seguido de Hervey, penetró en la estancia.



CAPÍTULO XIV

RECOMPENSA REGIA

EL rey de Hannover miró á los recién llegados con expresión de enojo, disfrazando su secreta inquietud.

—¡Milord Duque! ¿qué significa...?

Wellington avanzó hacia él, y le tendió una hoja.

—Llevo á Vuestra Majestad este documento para que lo firme—dijo en tono resuelto, aunque respetuoso.—Hágolo por orden de la reina—añadió, acentuando las palabras.

Ernesto dió una ojeada al papel sin tomarlo de las manos del Duque. Era una renuncia en buena forma á todo derecho á la corona inglesa,

seguida de una solemne promesa de fidelidad á su sobrina Victoria.

—Guardad el papel, señor. Rehusó firmarlo.

Inclinóse Wellington, como dando á entender que esperaba la renuncia.

—En tal caso, cumpliré mi deber. Ernesto, rey de Hannóver, duque de Cumberland en el reino Unido, en nombre de la Reina Victoria os arresto por delito de alta traición.

Extremecióse Ernesto, lanzó un grito, y, en su retroceso, hubo de apoyarse en la cama. El golpe había sido terrible. En un instante todos sus proyectos largamente acariciados, todas sus intrigas, se hundían á sus pies.

Acudió Sturmer al oír la voz de su amo y al comprender la situación se puso más lívido que él.

El duque, con mucho sosiego, sacó otro papel cuya tinta no estaba aún seca.

—He aquí la orden—dijo friamente.—Es la primera que Su Majestad haya sido llamada á firmar. Véome obligado, Majestad, á pedir os que me acompañéis á la Torre. Traigo

una escolta —añadió significativamente.

Las últimas palabras permitían un vislumbre de esperanza á los conspiradores vencidos. Wellington sorprendió la mirada que cambiaron y adivinó su oculto pensamiento.

—Componen la guardia hombres de la compañía del señor Hervey —dijo irónicamente—ó, mejor dicho, la del mayor Campbell, quien la manda en persona.

Ernesto, agobiado, se dejó caer sobre una silla. Pero el Hannoveriano, de ánimo más osado, habló por él:

—Vos no podéis atreveros á Su Majestad —dijo.—Es un soberano extranjero, y, por lo tanto, su persona es inviolable.

—Señor —dijo Wellington— creí que en vuestra teoría suponíais á Su Majestad soberano de este país. Callad, señor—continuó severamente cuando el barón se disponía á replicar.—No vine acá para discutir con vos. Traigo órdenes regias, y tengo por costumbre obedecerlas.

El rey de Hannóver, que había es-

cuchado ávidamente este coloquio creyó que debía intervenir en él por cuenta propia.

—Si obré alguna vez de un modo poco agradable para vos, duque, os ruego que me excuséis—dijo con aire al mismo tiempo lagotero y protector.—¿Pero seguramente no váis á tratarme así por orden de una banda de miserables whigs?

—Sí—respondió el Duque con voz glacial.—Vuestra Majestad no debe darme la menor excusa. En cuanto á lo que hiciere, hecho quedará bajo mi propia responsabilidad, como Par y consejero privado, y también, me parece, como súbdito leal. ¿Puedo pedir vuestro carruaje?

El rey dirigió á su cómplice una mirada de desesperación. Pero el abatimiento de Sturmer no era menor que el suyo. En aquellos instantes sentíase vencido, veía con luz meridiana su aniquilamiento.

—Dadme el papel—dijo Ernesto confundido.—Lo firmaré.

—Os felicito, Majestad—dijo Wellington, ofreciéndoselo por segunda vez.

—¿Podré trasladarme sin duda á

la estancia vecina?—preguntó el rey con arrogancia.

—Bajo palabra, sí, Majestad.

El rey se inclinó y se retiró seguido de Sturmer.

—Continuad la proclamación—murmuró el rey tomando la pluma y firmando con anchos caracteres, llenando el papel de tinta.—Esta firma no obste; me la arrancan á la fuerza. Reunid á vuestros hombres y ved lo que pueda intentarse.

Sturmer respondió con un gesto afirmativo y dejó que su amo se volviera sin él.

—He aquí el documento, señor—dijo el rey tendiéndolo á Wellington.

—¿Hemos terminado?

—Se me ordenó asimismo rogar á V. M. que me acompañe al palacio de Kensington, para, en calidad de consejero privado, jurar fidelidad á la Reina antes de la reunión del Consejo.

—¡Pero eso es mantenerme en estado de arresto!

—Majestad, el secreto será estrictamente guardado. Sólo nosotros nos enteramos.

—¿Y este joven?—dijo Ernesto

mirando al oficial despreciativamente.

—Yo respondo del señor Hervey como de mí mismo.—Teddy no cabía en sí de gozo.

El rey de Hannover, sin más dudas, salió, seguido del duque y bajó al carruaje.

Pero Teddy no iba con ellos. Había notado la desaparición de Sturmer y se preguntaba qué andaría haciendo. Curioso, atravesó poco á poco la estancia y asomó la cabeza á la puerta. El Hannoveriano estaba sentado, escribiendo. Tomóse Teddy la libertad de mirar por encima de su hombro. Antes que Sturmer pudiese volverse, su adversario le arrancaba de las manos la proclamación aun no terminada y la rasgaba en mil pedazos.

—¡Por Dios!—rugió Sturmer enderezándose.—Me daréis cuenta de eso.

—No tal—dijo Teddy con sarcasmo.—No puedo admitir provocaciones cuando estoy de servicio. ¡Deténeos!—gritó al ver que el otro se dirigía á la puerta.—Tengo el propósito de no perderos de vista durante veinticuatro horas.

Sturmer le lanzó una torva mirada. Pero viendo que era inútil la amenaza, cambió en seguida la entonación.

—Señor Hervey, fuimos enemigos; luchamos, y vencisteis. Se han estrellado mis proyectos; no pido más que llegar á Hannover lo más pronto posible. ¿Dejaréis que parta sosegadamente si os doy palabra de no dar ni un solo paso á favor del Rey?

Teddy miró el reloj.

—El Consejo se reúne á las once. A las doce estaréis libre.

—¿Queréis acompañarme á mi casa?—preguntó el Hannoveriano, perdiendo toda esperanza.

Teddy consintió. No obstante, al salir del palacio, indicó á dos soldados que le siguieran; escoltados de esta suerte llegaron á Saint James Square.

Cuando llegaban á casa de Sturmer é iban á pasar los umbrales, un hombre de aspecto vulgar, vestido de un modo chillón, que estaba junto á las verjas de la plaza é iba con un compañero de aspecto más humilde, atravesó rápidamente la calle y se detuvo frente al alemán.

—Señor Sturmer ¿eso era lo que me prometisteis? ¡Muy bien!—gritó enojado.—La princesa es ya Reina, á pesar de todo, y vuestro pretendiente, el duque, huye á Hannover con mi dinero. Pero vos no escaparéis. Morris, detened al barón.

El agente se adelantó y puso la mano sobre el hombro de Sturmer.

—¿Qué es eso?—dijo Sturmer sorprendido.

—Un negocio de quince mil libras, señor—respondió el agente.

—¡Es un robo, un robo infernal, un robo condenado!—gritaba el acreedor fuera de sí.—Este individuo me ha hecho saltar el dinero con un cuento del rey que rabió: decía que el duque de Cumberland iba á ser rey de Inglaterra. ¡Señor, todo el mundo sabe que la princesa sube al trono y que el duque toma las de Villadiego!

Teddy, molesto al principio, no tardó en echar el lance á broma, y en holgarse sobremanera del fin humillante de la carrera del barón.

—Supongo, señor, que no necesito ya vuestra palabra—dijo irónicamente.—Me parece que este exce-

lente sujeto será la victima principal de vuestro complot.

Y dejando irremediamente al barón en manos de su acreedor, despidió á sus hombres y partió.

Bastará ahora narrar brevemente los acontecimientos que se desarrollaron en el palacio de Kensington la mañana de aquel día tan memorable para la historia de Inglaterra.

Lord Melbourne fué el primero en llegar, obedeciendo á la comunicación de Conyngham, é inmediatamente le recibió Victoria en una audiencia privada á la que sólo fué admitida la duquesa de Kent, madre de la joven reina. Más tarde llegó el duque de Wellington con Hervey, quien vió á lord Fanny Greville. Ésta obtuvo la entrevista que concedió la reina al más ilustre de sus nuevos adeptos.

Apenas la soberana hubo manifestado al duque toda su gratitud por su leal ofrecimiento, Wellington le expuso sin rodeos su opinión, y le pidió una orden para detener á su tío rebelde. Al principio, la Reina, como le había ocurrido con Conyngham,

no se atrevió á tomar una resolución sin consultar al primer ministro. Wellington pudo al cabo decidirle, asegurándole que pedia la orden de arresto del rey de Hannover por pura fórmula, y que la amenaza bastaría.

La entrevista entre el tío y la sobrina, en presencia de lord Melbourne y del duque, revestía mayores dificultades. Pero el rey las venció, diciendo que venía á poner fin á lo que él llamó escandalosas acusaciones dirigidas contra su lealtad, con el juramento que prestaba inmediatamente. Y juró; y se convino que para que no se divulgara lo ocurrido volvería el rey á jurar, como si no hubiese hecho tal, al reunirse el Consejo Privado.

Al dar las once juró, pues, otra vez, y lo hizo también el otro tío de la reina, el duque de Sussex. De este modo concluyó tranquilamente y sin zozobra una tentativa que amenazaba perturbar el reino y acaso derribar el trono.

Hasta el día siguiente no pudo Teddy hallar media hora para con-

versar á solas con Fanny en su estancia, contigua al departamento de la reina.

—¡Dios mío! Su Majestad me ha prometido que voy á ser su camarera—tales fueron las primeras palabras de la muchacha. Lord Melbourne consiente en ello porque mi hermano ha prometido su apoyo al Gobierno en la Cámara de los Lores.

Teddy procuró fingir entusiasmo, pero eran vanos sus esfuerzos.

—A mí la reina no me ha prometido nada—gimió—y puesto que mi padre odia á Melbourne como á la peste, es muy verosímil que no obtenga nada de él. Mucho temo que los acontecimientos nos separen cada vez más.

—Querido Teddy, no seáis sobón. Cualquiera se tendría por muy dichoso al verme adelantar en la corte; vos, en cambio, os sentís contrariado.

—No estoy contrariado, sino afogado—dijo el teniente con tristeza.—¡Ah, si yo fuera rico como Campbell! Me casaría mañana mismo.

—Tal vez yo no quisiera entonces

acoger vuestro amor—dijo Fanny en voz baja, volviendo la cabeza.

Teddy continuó lamentándose que era un dolor.

—¿Qué voy á hacer? No me resta esperanza alguna de mejorar mi situación. No va á estallar ninguna guerra, y aunque estallase, no me mandarian á ella. Soy un ser inútil. Tendría que dimitir y escaparme á unade esas nuevas colonias de Nueva Holanda.

Fanny se acercó al joven y le puso una mano sobre el hombro.

—Teddy, me estáis volviendo loca. ¡Qué ideas, Dios mio, qué ideas! No debéis decir que sois inútil. Acabáis de prestar un gran servicio á la Reina, y estoy segura de que ella no lo va á olvidar.

—¿Qué me importa? No pienso en reina alguna, sino en vos. ¡Es tan enojoso aguardar, y es tan poco probable que logremos lo que aguardamos! Vuestra madre no lo permitirá jamás.

—Pero yo os amo, Teddy—murmuró su prometida.

—¿De veras, Fanny?

La conversación parecía inclinar-

se decididamente hacia la insubstancialidad, cuando los dos enamorados se dieron cuenta de repente de que no estaban solos. Les oía una persona de tal linaje, que al verla se levantaron los dos en actitud del más profundo respeto.

—No queria estorbaros — dijo la Reina sonriendo — pero aún no os había dado las gracias, señor Hervey, por los grandes servicios, por los insignes servicios que me habéis prestado.

—No merezco vuestro agradecimiento, señora — dijo Teddy inclinándose, mas con leve inflexión de despecho.—Me he limitado á cumplir con mi deber.

—No todos cumplen siempre con sus deberes—respondió dulcemente la Reina.—Por mucho tiempo me pregunté qué recompensa podía ofrecereros en señal de agradecimiento.

—No imaginéis que aguarde una recompensa. Las halagüeñas palabras de V. M. constituyen un galardón más que suficiente.

—No lo juzgo así—continuó la Reina.—De suerte que escogido una re-

compensa que me parece que os va á complacer.

Teddy empezó á interesarse. Levantó la cabeza y observó el rostro de la Reina.

—Debo decir en primer lugar que debí obtener el consentimiento de una persona á quien, más que á mí, incumbía decidir sobre la recompensa, y que la tarea no ha sido fácil.

Teddy inclinó la cabeza.

—Pero lo he logrado—continuó la Reina tranquilamente y con aire de triunfo.—¿Creéis adivinar á quién me refiero?

Acudió á los labios de Teddy el nombre de Melbourne, pero estaba demasiado abatido para pronunciarlo. Respondió sencillamente:

—No, Majestad.

La reina sonrió afablemente:

—A la condesa de Maldon.

—¡Lady Maldon!

Teddy experimentó una sacudida. Luego quedó como petrificado; miró á la reina, y después á Fanny, quien no parecía menos sorprendida que él.

—Sí, el premio que os reservo, resulta ser una de mis damas, la hija de la condesa.

—¡Majestad!

El joven se lanzó á los pies de la Reina con los ojos arrasados en lágrimas. Fanny fué á arrodillarse á su lado. La joven Reina miraba á los enamorados con íntima satisfacción.

Efectivamente, no había sido fácil tarea dominar á lady Maldon; la promesa de agregar á su hija á la corte definitivamente, no bastó para vencer su resistencia. Hasta que la Reina hubo recordado con severidad á la opulenta viuda los esfuerzos que había hecho para casar á su hija con Sturmer, y dado á entender que le aconsejaba el abandono de cualquier temperamento que diese á entender su simpatía por la traición del Hannoveriano, la Condesa no accedió. Mas, á esta sazón, alarmada, prometió no poner la menor dificultad al pretendiente que apoyaba la soberana.

La alegría volvía loco de atar al hasta entonces anonadado Teddy, el cual pareció resucitar con todas sus aspiraciones y sus deseos más ardientes, con lo que era esencia privilegiada de su vida.

En cuanto á las promesas y planes de los dos enamorados, y los ensueños de venturosa calma, dejaremos á la simpática lectora que los adivine.

Aquí termina nuestra relación. No obstante, conste que un año después, cuando en la abadía de Westminster fué colocada sobre la hermosa frente de la joven reina la diadema de la Gran Bretaña, sembrada de rubíes y zafiros, en presencia de la muchedumbre,—acaso la más ingente que se haya presenciado—figuraba entre la multitud una pareja cuyos ojos resplandecían de un gozo sin duda mayor que el de todos los demás, una pareja que cuatro horas antes había visto consagrar su unión en la vecina iglesia de Santa Margarita.

Campbell es el principal amigo de los recién casados, y padrino á perpetuidad de una nueva generación de Herveys. Sturmer, preso por Londres, perece miserablemente en la cárcel, mientras el nuevo rey de Hannover suprime las libertades de sus súbditos, como anhelaba hacer en Inglaterra. Aquí termina nuestra

relación, pero no, afortunadamente, el reinado de la joven soberana cuyo mágico nombre llenaba poco há los ámbitos de la capital, reuniendo á millones de personas en una sola alegría, en un solo partido gigante, en una sola exclamación:—¡Viva la Reina!

FIN

CARLOS PEREZ MALDONADO
MONTERREY, MEXICO.